

El Correo Literario.

Periódico político, literario, industrial i de costumbres.

ILUSTRADO.

Año I.—Núm. 9.

Ajencia central Pasaje Búlnes n.º 47.

Setiembre 11.

EL CORREO.

SANTIAGO, SETIEMBRE 11 DE 1858.

Verdades amargas.

Mucho tenemos que corregirnos, mucho tenemos que aprender, i sin embargo nos damos aires de estar completamente satisfechos, de haber llegado al apojeo de los conocimientos que han alcanzado las naciones que han vivido muchos siglos mas que nosotros, i hasta nos figuramos que poseemos el secreto de las cosas que se desarrollan en el seno de los pueblos experimentados, i que tenemos sabios i libertad i república.

Nuestra sociedad, la mas adelantada indudablemente de todas las de las repúblicas sud-americanas, no por eso deja de tener cosas que estan en pugna abierta con la civilizacion i hasta con el buen sentido. El lujo, las modas, la elegancia, tienen ciertamente su trono entre nosotros, pero por cuidar demasiado de nuestras superficialidades dejamos en descuido la parte moral. Parece que desde que se han desarrollado los intereses materiales, o mas bien, desde que el influjo de estos intereses ha dominado esclusivamente, la parte moral se ha descuidado abandonándola a los que quieran buenamente hacerse cargo de ella.

La sociedad acata las fortunas i muchas veces mira un estorbo en el mérito: el que mas brilla es el que mas vale; sin comprender que el esplendor de las riquezas materiales solo es de un dia, mientras que el brillo de la intelijencia se refleja en todas las edades. Con semejantes principios, puede una sociedad llegar a la corrupcion, a la ruina, pero jamas a la verdadera grandeza, a la felicidad.

Tenemos apariencias bellisimas, que nos elevan en la consideracion de los

hombres de talento, i realidades mezquinas que nos apocan i oscurecen. Exijimos algunas veces demasiado, i otras no sabemos lo que hemos de exijir: nos admiramos de lo que debemos despreciar, i despreciamos talvez lo que es mas digno de admiracion.

Todas las sociedades del mundo tienen sus defectos, porque ciertamente no es posible que exista una sola perfecta; pero hai ciertas costumbres que el buen gusto i la civilizacion refinan o anulan, i que parece que se arraigan cada vez mas entre nosotros. Ya hemos llegado a una edad en que es necesario pulirnos para figurar con lucimiento al lado de las demas naciones civilizadas del mundo: estamos en una época de exigencias i cada vez se pone mas en claro el porvenir de los pueblos.

Nuestra sociedad es injusta jeneralmente en sus fallos, porque se atiende siempre a su primera impresion, porque juzga apasionadamente, porque no se detiene en el análisis de las cosas, sino que parte precipitadamente i absuelve o condena, segun el sentimiento que se despierta en ella. La chismografía es la base en que regularmente descansan sus juicios, i abulta los hechos o los adultera segun le viene en ganas.

Está siempre dispuesta a escandalizarse, i apesar del mundo que ya debiera tener, se preocupa i salta al ruido de despreciables acontecimientos.

Mas fácilmente cree aquello que daña a alguien, que lo que favorece o ensalza; porque de esta manera satisface sus gustos naturales, i de otro modo tendria que violentarse. Esta es una acusacion amarga, pero envuelve una verdad que no queremos sacrificar.

Cada uno quiere sacar de la sociedad el mayor provecho posible sin dejar nada en cambio, i este refinado egoismo es el

que da origen a todos sus defectos. ¿Cuáles son los que se sacrifican por el bien de sus semejantes? Se hacen favores a los que no tienen necesidad de ellos, pero que pueden retornarlos: se adula al pueblo cuando se espera algo de él i se le veja cuando se espera algo de los gobiernos.

La conveniencia personal es un lema que llevan todos en la frente, i es lesa el que se niega a llevarlo.

Los gobiernos engañan a la nación para desacreditar a los partidos, i los partidos se engañan a sí mismos para derrocar a los gobiernos.

Los intereses materiales, marchando a la vanguardia de la civilización de los pueblos, han corrompido mas a las sociedades que todos los libertinos i herejes; porque con aquellos marchan, la ambición mezquina, la personalidad, el egoísmo, el vicio i el indiferentismo.

Es necesario que nuestra sociedad se aperciba de los males que la cercan, que apoye sus costumbres en el buen gusto que trae consigo la civilización que brota de la inteligencia i de los intereses morales i que no se deje engañar ni por gobiernos ni por partidos.

La mayor parte de nuestras verdades, son verdades amargas que sirven solo para dar esperiencia, pero no para consolar nuestra situación. Creemos que tenemos libertad, porque nos abandonamos muchas veces a la licencia, i que tenemos república porque hacemos en ocasiones lo que nos dá la gana.

Pero esa licencia es una falta, i ese desconocimiento de nuestros deberes, es un abuso que autoriza muchos otros en nuestro perjuicio.

Nuestra sociedad no podrá perderse jamás porque tiene mucho corazon, i al soplo del patriotismo ella se elevará digna i grande a ocupar el envidiable puesto que le está reservado.

Si por ahora tenemos que lamentar verdades amargas, tiempo vendrá en que nos aneguemos con verdades consoladoras.

El número trece.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion).

II.

A la mañana siguiente a las doce del dia me fui a casa de Andres. Andres dormia; pero se veian en su rostro las huellas de un insomnio ajitado i acaso doloroso. El sueño habia venido a cerrar sus párpados; pero se adivinaba al mirarle que le perseguian aun las sombras i fantasmas de su vijilia.

Quando el corazon está ocupado por un solo i único sentimiento, los pensamientos todos ruedan en un círculo vicioso: nacen i vuelven al mismo punto de que salieron pasando por las mismas alternativas, aunque con ligeras variaciones, para dar siempre con el término fatal.

El sueño no es entonces el descanso, el anhelado reposo del espíritu ajitado, o perseguido por tristes o gozosas visiones, sino la continuacion, cuantas veces querida i halagüeña, del drama interno que tiene por teatro el alma dominada por la pasión.

Comprendiendo cuanto se pasaba en el sueño de mi amigo, i no queriendo despertarle, me diriji a su mesa para tomar un libro. Mis ojos se detuvieron sobre un papel que tenia al frente en letras grandes; "Ensuëño" i mas abajo: 4 de la mañana Enero 1.º de 1853. Sentí al ver ese papel una curiosidad irresistible, una curiosidad de mujer, i alargué la mano hácia él; pero me detuve, i aguardé con paciencia a que mi amigo se despertara, para lo que principié a entonar una aria primero entre dientes, i despues a toda voz. Mi concierto no produjo un efecto igual al que suele verse en nuestras representaciones líricas, pues en este mi auditorio se despertó en lugar de adormecerse como acontece en las otras con frecuencia.

—I bien, dije a Andres satisfecho del éxito obtenido por mi buena voz, ¿como estamos?

—Ah! eres tú?

Ya lo ves: no queriendo ser indiscreto me he puesto a cantar para despertarte.

—Indiscreto....! Comó? en qué?

Veo aquí un papel que ha despertado mi curiosidad; tú no ignoras que poseo en alto grado algunas virtudes femeninas; i ya tu sabes, tengo pasión por la poesia, i esos me parecen versos.

—Sí, los escribí ántes de acostarme.

—I puedo leerlos?

Sí, con eso me ahorrarás algo de lo que tengo que decirte, respondió Andres en tono triste.

Sin hacer alto en sus palabras tomé el papel i lei los versos siguientes:

Ensuëño.

Cuatro de la mañana. Enero 1.º de 1853.

Juntos i solos cuando el sol declina
Guiar por la playa la indecisa planta,

I pálida mirar tras la colina
La estrella del amor que se levanta;
Oír su voz suavísima, argentina,
Eco de esa alma donde todo canta,
Repetirnos palabras de consuelo,
I mirar en sus ojos nuestro cielo;

Sentir que el brazo blandamente asido
Del nuestro, tiembla si ardorosa llega
Una tierna palabra hasta su oído;
I en la sonrisa que en su labios juega
Grave i dulce a la vez, i en el latido
Del corazón que a nuestro amor se entrega,
Ver cuanto bien, para almas que se adoran,
Las horas del crepúsculo atesoran:

Escuchar los suspiros temblorosos
Que arranca amor del pecho enamorado,
Mientras el aura en jiros revoltosos
Juega con su cabello perfumado;
Borrar de nuestra mente los odiosos
Nombres de porvenir i de pasado,
I en sus largas, dulcísimas miradas
Ver nuestras esperanzas retratadas;

Oír con melancólica dulzura
Esos vagos i plácidos cantares
Que el aura blanda en derredor murmura,
I que repite el eco de los mares;
Olvidar la pasada desventura,
I ver en lejanía los pesares,
Como sombras del cuadro, que esplendente
Hacen la dicha inmensa del presente;

Sentir la plenitud de la existencia,
I que esa otra alma, alma de querurbe,
Cual de una flor la delicada esencia,
En blando vuelo con la nuestra sube;
Aspirar ese aroma de inocencia
Qué, como blanca i delicada nube
Que el sol colora con ardiente llama,
Rodea siempre a la mujer que se ama;

Ver que tan solo en nuestros ojos mira;
Sentirse amado, grande, poderoso;
I con esa alma que a la nuestra aspira
Adormecerse en éxtasis dichoso;
Conocer que hasta el aire que respira
Es un soplo de amor, puro, ardoroso
No es este un cuadro espléndido, halagüeño?
No es mui bello en verdad?—Sí, pero es sueño!

Mi sospecha de la noche anterior renacia con la lectura de esos versos, así es que dejando el papel sobre la mesa i mirando con pesar a mi amigo, le dije tratando de afectar indiferencia: Los versos no son malos, me gustan; pero temo una cosa.

—Temas? contestó Andres, como saliendo de una distracción profunda al ruido de mis palabras.

—Sí, repliqué, temo que te empeñes en realizar ese sueño.

—I por qué? No te parece mui bello? Qué sería el dolor si lográsemos gozar de todo eso durante media hora! No, mi amigo, su realización haría la ventura de mi vida.

—Sin embargo, me asusta.

—A tí? Eres el mas eterno soñador que yo conozca, i no tienes derecho. . . .

—Te engañas, por eso mismo sé lo que debe esperarse al despertar.

—Segun eso, no debemos aspirar a la dicha por el temor, ilusorio talvez, de estrellarnos contra la frialdad de un desengaño?

—Mira, Andres, tengo ménos edad que tú; pero creo haber vivido mas aprisa. Es cierto, usando de tus palabras, que [he sido un eterno soñador: he recorrido el mar de las ilusiones a velas desplegadas; conozco sus islas de esmeralda, sus abrigados puertos i sus márgenes floridas; pero creeme, he sufrido tambien deshechas tempestades, i hai en ese piélago escollos i bajios que todos desconocen, i que se esconden talvez en donde las aguas parecen tersas i brillantes como un espejo.

—Me parece que de aspirante a poeta, pretendes pasar a una cátedra de filosofía.

—No, pretendo solo arrancarte del mundo de las quimeras, para traerte a la tierra; pretendo ponerte frente a frente de tu pasado i enseñarte con tu experiencia propia.

—Mi pasado, murmuró Andres pasando su mano por la frente como para desechar una idea enojosa, mi pasado, quiero olvidarlo: las nubes no ocultan los rayos del sol sino en el invierno. Talvez hubo en el mio algunas nubes de primavera que el verano ha disipado. I dime, i si no abrigase en mi corazón la esperanza de amar, la mas dulce todavía de ser amado alguna vez, para qué me serviría la vida?

—Eso es hablar como enamorado.

—A que negarlo? la amo! me dijo con aquella injenua sencillez de la verdad.

Conocí que todo estaba perdido: el mal habia echado raíces. Con [todo conocia bien a Andres, sabia que las pasiones no eran para él esa chispa ficticia con que de ordinario en los amores de nuestro mundo, tratan de inflamar los prestos de ese fuego del alma que los cálculos i la perversidad ahogan entre montes de hielo, para que renunciase despues de la primera tentativa a apartarle del abismo que veia ante sus pasos. Despues de algunos momentos le dije siguiendo la conversacion interrumpida: Tú la amas: eso es precisamente lo que me espanta. ¿Que esperas de ese amor?

—Lo se yo acaso! replicó Andres con la inocencia de un niño.

—No lo sabes? pues yo voi a decírtelo. Si esa mujer, a quien apenas conoces, i a quien comienzas por entregar tu corazón, para hacerla a poco

andar tu único pensamiento, mira tu afecto con desden, te consuela con palabras de fría amistad, o coqueta vulgar, desconociendo lo que vale un amor sincero, pisotea tu ofrenda, hace de tu corazón recto i jeneroso el pedestal de sus efímeros triunfos, jugando con tu dignidad i tu amor propio; llegarás en poco tiempo a ser un hombre digno de lástima a quien se mirará con degradante compasion. De independiente i libre pasarás a ser esclavo, i esclavo que no tiene siquiera el placer de la dulzura de sus cadenas. Perseguido entónces por la rabia de las pasiones sin esperanza, concluirás por entregarte a los vicios o por darte un pistoletazo.

—Es cierto, pero yo la amo, dijo Andres en voz baja, i talvez un dia....

—Oh! eso sería peor mil veces, repuse yo, sí, sería horrible. Si esa mujer corresponde a tu afecto, por los rarísimos momentos de felicidad que pueda darte, tendrás que ver a tu ídolo arrojado de su altar por la opinion de la sociedad, por esa opinion que no perdona nunca las pequeñas faltas, los extravíos del delirio de la pasion, que lanza el anatema sobre la virtud i nobleza que caen talvez víctimas de un afecto superior a humanas fuerzas; pero que no hace caso del desenfreno i del descaro. Paulina se encuentra en el primero de estos casos: será la virtud que sucumbe, i la rivalidad i la envidia se echarán sobre su reputacion como tigres i hienas sobre su presa. Sí, ténlo presente: si te ama, tu ídolo caerá; será culpable, emponzoñarás la paz de su existencia vertiendo en esa alma pura el veneno de un ilícito amor; para verla un instante, tendrás que esperar dias enteros, i cuando venga con las lágrimas en los ojos a echarse entre tus brazos, no te dirá: «Háblame de tu amor, calma con tus caricias este fuego que corre por mis venas i que me abrasa el alma!» no! vendrá a preguntarte que has hecho de la paz de su vida, ántes tranquila i sin mancha; vendrá para hablarte i hacerte partícipe de sus remordimientos; para contarte los temores de sus vijilias, i mostrarte los fantasmas de sus funestos sueños!

Después, un dia, porque nunca ese dia deja de llegar, un hombre llamará a tu puerta; el mundo en su injusticia, aunque tú solo eres el culpable, habrá estampado una marca de deshonor sobre la frente de ese hombre, i él, indignado, fuera de sí, los ojos chispeantes de cólera, i con la muerte en el alma, vendrá a pedirte cuenta de su honor mancillado, de su hogar destruido, de su nombre vilipendiado, del porvenir de sus hijos sin madre, de su existencia envenenada para siempre!

I tú, qué podras decir tú delante de esa mujer que llora, i bajo la mirada de ese hombre que te provoca?

Andres guardó silencio durante largo rato; yo le miraba con pesar, porque comprendia entónces lo intenso de esa pasion que no habia juzgado en un principio sino como un capricho pasajero,

una simpatía acaso un poco exajerada, o el sueño de una noche de verano. Aquella alma tan rica i fatalmente dotada no concebía esas cómodas pasiones, alimento ordinario de los corazones gastados en el roce de la sociedad. Engañado en las esperanzas de su primer amor, su corazón, como esas aves que buscan un seguro sitio para dormir su largo sueño de un invierno, se habia concentrado en sí mismo, alimentando el calor interno con las llamas de sus propias ilusiones. Ajeno al mundo, a sus intereses i sus cálculos, sus impresiones tenían toda la fuerza de su edad, i la fresca pureza de los primeros dias de su juventud. Amaba como se ama en los primeros años, por amar, sin parar la atencion en las ventajas o inconvenientes de una pasion funesta muchas veces.

Yo veía que mis reflexiones, por justas i razonables que ellas fuesen, nada podían contra aquel amor que, nacido apenas, se engalanaba con todos los atavíos de los recuerdos i las promesas de la esperanza. En la frente de mi amigo se adivinaba esa lucha del corazón i la razon, lucha funesta en la que las mas veces la severa filosofía, desesperando de su triunfo, se marcha en busca de los corazones frios i de las almas tímidas en donde está segura de cimentar su imperio. Al travez de sus dudas i temores la imájen de la mujer querida aparecía triunfante; todo desaparecía a su aspecto; obstáculos, temores, penas, ¿qué eran ante aquella imájen adorada en cuyos lánguidos ojos se divisaba una esperanza?

Empeñado con todo en separar a mi amigo de aquella senda que creía yo terminada por un abismo, iba de nuevo a dirigirle la palabra, cuando Andres interrumpiéndome, me dijo con voz dulce i mirándome con cariño:

—Sé cuanto puedes decirme: yo mismo me lo he mil veces repetido: mi amor es una locura, pero amigo mio, yo la amo!

Todo era inútil, así es que yo como variando de conversacion, le dije: Sabes que me voi al Perú?

—Lo siento, contestó Andres distraido.

—Deberias venirte conmigo, agregué.

—Yo? imposible!

—Un viaje te haria bien. Además no creo que aquí sea para nada indispensable tu presencia, i juntos podríamos pasar muy buenos ratos.

Gracias, gracias, repuso Andres tomándose la mano. Yo haria lo mismo por tí si te encontrases en mi lugar, agregó con voz triste, i mostrándome la inutilidad de mis esfuerzos.

Poco rato después salí de casa de Andres llevando en mi corazón un triste presentimiento.

GUILLERMO BLEST GANA.

(Continuará.)

La campanilla.

Cuando el lijero broche
De tu lindo capullo
Se desprende al arrullo
Del aura matinal,
Sobre tu tallo esbelto
Preséntate altanera,
Alzando en la pradera
Tu frente virjinal.

Con timidez no inclines
Tu cabeza hácia el su' lo,
Que te ha dotado el cielo
De belleza i candor;
I en tu cáliz de nácar
De pura transparencia,
Gotas de rica esencia
Dióte, tambien, oh flor.

Al soplo de las auras
Colúmpiate orgullosa,
Que la flor mas hermosa
No te ha de aventajar;
I en medio de los prados,
Orientales jardines
I espléndidos festines,
Te verás envidiar.

Mas, ah, que olvido que al nacer hermosa
Símbolo de humildad hizote el cielo,
Por eso brotas i se dobla al suelo
Tu virjinal i perfumada sien;
I siendo tú tan bella entre las flores
No te aprecian quizá, flor hechicera,
Qué mereces mas bien que una pradera
Ser la sultana de un precioso eden.

Ven aquí, flor, i en este hermoso libro,
Talisman de recuerdos de una bella,
Vertiendo encantos plácida descuella
I no olvides decirla de mi amor:
Dila, ademas, te he puesto en estas hojas
Porque comprendo su mision divina,
I brota de su boca coralina,
Raudales de inocencia i de candor.

Que allá en su frente celestial de virjen
Tambien veo ostentarse la aureola,
Que aparece en tu nítida corola
Iris encantador de tu humildad;
I que tu eres la flor i ella es el ánjel,
Que tu eres el adorno, ella el hechizo,
Que mi esperanza sobre tí diviso,
Como alcanzo mi dicha en su beldad.

R. S.

A mis amigos de la Universidad.

Amigos míos, piedad!
Yo de vosotros la espero.
¿Que hará en la Universidad
El soñador i coplero?
Conmigo tanto rigor.
¿Quereis que viva encorbado
Como ministro de Estado
Al peso de tal favor?
No señor,
Es mucho honor
Para el pobre soñador.

Talvez los sabios varones
De aquella corporacion,
Recorriendo mis canciones
Os dirán, i con razon:
“Para alcanzar el favor
“De sentarse a nuestro lado
“Es bachiller, abogado,
“O siquiera agrimensor?
“No señor!
“Es mucho honor
“Para un pobre soñador.”

¿Yo con ellos alternar!
¿No les hagais tal agravio!
¿Al verme en ese lugar
Van a tomarme por sabio!
I diran: “señor doctor,
“Para obtener sus diplomas,
“Sobre los puntos i comas
“Haga usted un borrador.”
No señor,
Es mucho honor
Para el pobre soñador.

¿Luego un discurso?—¿I que es eso!
¿He de pasar mi existencia
En las salas del congreso
Para aprender elocuencia?
¿Tendreis acaso valor
De insistir en tal empeño?
Para matarme de sueño,
Dadme opio i será mejor.

No señor,
Es mucho honor
Para el pobre soñador.

No tengo sabiduria,
Ni jamas la he de tener.
Yo, que gasto todo un dia
En mirar a una mujer.
Qué se dirá de un doctor,
Que entre niñas hechiceras,
Pasa semanas enteras

Haciendo... versos de amor?

No señor,
Es mucho honor
Para el pobre soñador.

—Una corona con esto
Os ceñimos.—¡Es mui bella!
I otra una niña me ha puesto
De taponos de botella.
Por cierto que de primor
Me viene, i a mas me salva
De que profane mi calva
Algun burlon decidor.

No señor,
Es mucho honor
Para el pobre soñador.

Dejádme en mi libertad,
Ese iman de mi existencia:
Si pierdo en celebridad
Ganaré en independencía:
El coplero trovador
Para su sien no ambiciona
Otro lauro, otra corona,
Que los besos del amor.
¡No señor,
Es mucho honor
Para el pobre soñador!

GUILLERMO BLEST GANA.

CONFIDENCIAS DE Mlle. MARS.

COLECTADAS POR

Mme. Roger de Beauvoir

I traducidas para el CORREO LITERARIO.

(Continuación.)

II.

La señora Duvernois estaba de pfe, inmóvil i fría, i, mirándome con aire de dignidad ofendida, me dijo:

—Os doi gracias por vuestros consejos, señora; son mui elocuentes, pero nada cambian de mi resolucion, es inmutable; Maria entrará en el teatro i quizás un dia, viendo sus triunfos, cambiareis de opinion i sereis mas indulgente para un arte que os ha dado la fortuna i la gloria.

Al pronunciar esta frase en tono enfático, se retiró con la sonrisa de la ironía sobre sus labios. Escríbí a María; todo lo sabia... La desesperacion de su respuesta me espantó. Hice poner los caballos a mi coche i cerrí a casa de esta madre inflexible para hacer cerca de ella una última tentativa.

La pinté el dolor, las lágrimas de su hija. La pobre niña vino tambien a arrojarse a sus piés i suplicarla.... Todo fué inútil.

No volví a ver a la señora Duvernois: esta escena habia hecho nuestras relaciones completamente imposihle.

Un año se corrió, durante el cual, supe que

María habia redoblado sus súplicas i sollosos... Ay! no era la ternura de una madre la que debia vencer, eran las necias pretenciones de una mujer ignorante i vana: la madre hubiese cedido; la ignorancia i la vanidad fueron despiadadas.

Una mañana recibí una carta de Maria; solo contenia estas palabras:

“Esta noche hago mi estreno en el teatro, vos estareis allí, no es cierto?”

Creí ver la huella de una lágrima sobre estas líneas escritas evidentemente con mano temblorosa, los caracteres inciertos revelaban la mas viva emocion.

Comprendí que la hora del peligro habia llegado i temblé como a la proximidad de una catástrofe que debe producir la ruina de una familia entera.

¡Que os diré! Fuf al Teatro Frances i me oculté en el interior de mi palco para disimular mejor mi turbacion i mi ansiedad.

La señorita Duvernois no se exhibía bajo su nombre.

Cuando se avanzó sobre la escena tropidé para reconocerla, era casi otra Maria; bajo el colorete, se conocía su agitacion i su palidez. Apenas se atrevia a marchar; su mirada melancólica i apagada habia perdido su encanto indecible, i su voz tan suave al oido, espiraba en sus labios convulsos. Comprendí que todo estaba perdido. I en efecto. Maria: mi querida Maria, solo evitó una caída abrigándose bajo su estrema juventud.

Concluido el espectáculo, habria querido volver a mi casa directamente i huir hasta del recuerdo de esta noche; pero no abrazar a la pobre jóven, era causarla un nuevo pesar. Entré al interior del teatro i fuí a verla a su cuarto.

Se hallaba rodeada de tontos o burlones que la cumplimentaban. Los últimos sobre todo apuraban sus elojios hasta la hipérbole.

La señora Duvernois hablaba con énfasis del suceso de su hija i de su brillante porvenir. La tenacidad de esta mujer habia llegado a la locura.—Despues de saludarla con mucha frialdad, me aproximé a Maria, i abrazándola, quise darla algunos consejos. Dos lágrimas relucieron sobre su mejillas descoloridas. Concluido el sacrificio, la víctima lloraba. Mi corazon estaba destrosado.

Busqué a Nerac; no se hallaba allí. Sorprendida de su ausencia, pronuncié su nombre en voz baja i al oido de la señorita Duvernois, me respondió tristemente, que desde algunos días no le habia visto. Hablándome de Carlos de Nerac, la inquietud i el pesar se manifestaban en su voz; salí, no pudiendo dominar la emocion que queria ocultar a los indiferentes i a los curiosos que nos rodeaban.

Las representaciones de la señorita Duvernois continuaron pero sin reparar su primera desgracia; ¡ay! yo no creía haber predicho tan fatalmente. Una noche ella sufrió el ultraje de un silvo.

Todos esos duelos del amor propio, María los sofocaba bajo sus lágrimas. . . . Solo su madre llamaba *cábala* la justicia brutal del público.

La señorita Duvernois vino a verme, la di algunas lecciones i procuré instruirle i corregirla de sus defectos reanimado su valor. Vanos esfuerzos! . . . La espiritual i encantadora jóven, tan bien dotada para prosperar i agradar en el mundo, no entendía nada del arte dramático; se hallaba completamente desprovista de las cualidades necesarias para el teatro.

Sin embargo, Nerac continuaba visitando a la señorita Duvernois i parecía mas apasionado que nunca, aunque evitase con cuidado encontrarse solo con la madre de María. Quizás temía una esplicacion sobre sus sentimientos. . . . quizás se avergonzaba con anticipacion del rol, que se preparaba a representar. . . . talvez su conciencia le condenaba yá.

El vea frecuentemente a la señorita Duvernois en ausencia de su madre: una criada, verdadera confidenta de comedia, favorecia estas peligrosas entrevistas; gracias a la dócil conciencia de Liseta, nuestros amantes pasaban largas horas en conferencia privada.

La desgracia habia despertado en el alma de María una necesidad de ternura. La frecuentacion del teatro debía ser fatal a su imaginacion novelesca. Asi es como este amor tan puro i tan injenuo en su principio, se exaltó hasta la pasion.

Yo previne a la señorita Duvernois del peligro que corria. Ella me contestó:

—Hai mujeres que hacen consistir la vida en la fortuna, en la coqueterfa o en la celebridad. Los goces que ellas desean no son los que yo pido. Yo no existiré, no seré feliz o desgraciada sino por una sola causa. Todas las fuerzas de mi ser estan concentradas en mi amor por Nerac. Ese amor me hará vivir o morir. Si cesase de ser amada, no me quejaría, no habría en mis labios una sola palabra amarga, ningun deseo de venganza en mi corazon. Las quejas, los reproches, las amenazas no hacen revivir el amor. . . . ¡No! mil veces no! no me quejaría pero eso me haría morir! . . .

—Lo que os digo es mui verdadero, añadió ella con un acento de conviccion que me inquietó.

Comprendí por los progresos que Nerac habia hecho en el alma de María, que el día en que su capricho lo quisiera, sería dueño del destino i del honor de la pobre jóven.

El peligro estaba próximo i amenazante, una sola esperanza me quedaba para desviarlo, esta esperanza bien fráji!, la fundaba enteramente en la delicadeza de este hombre.

Hacia dos meses apenas que la señorita Duvernois habia hecho su primera representacion.

Me habia acostado tarde i comenzaba a dormirme cuando oí un ruido extraño. En el mismo instante la puerta de mi cuarto se abrió bruscamente.

Vi entrar una mujer, con todos los signos de una violenta indignacion. Era la señora Duvernois.

—María! María!... exclamó... No pudo terminar... Adiviné que una desgracia habia sucedido.

—A nombre del cielo, la dije, hablad; qué teneis? que venis a anunciarme?

—María! María! perdida!.... perdida!....

Desde luego solo oí estas palabras entrecortadas por sollozos. Me esforce por calmarla i lo conseguí con pena.

Esta madre, que habia visto tan dura, tan inflexible, vertió abundantes lágrimas i encontró en fin sensibilidad i vehemencia en su corazon: el infortunio la habia enternecido. . . . Entonces ella me contó lo que yo presentía.

María arrastrada por la pasion, habia sucumbido. Largo tiempo su honestidad i su candor la habian defendido contra el peligro de sus encuentros secretos con Nerac, pero en fin, ella habia sido deshonrada.

Ved ahí como me lo hizo saber su madre.

—Dios mio! la dije, si esto es cierto, es espantoso. . . .

—¡Ay! como vos yo habria querido dudarle, me replicó con tono desgarrador; tenia sospechas. Esta noche he interrogado a María. La he estrechado, amenazado i en su desesperacion le he arrancado la mas completa confesion.—¡Oh! ya lo veis, soi la mas desgraciada de las madres!

—Sufris, la contesté con dulzura; os compadezco porque vuestra desgracia viene de vos misma. Al instante sentí ese reproche que se habia escapado a mi pesar; i aproximándome a ella, estreché sus manos en las mias.

—Es necesario que vea a Nerac, es indispensable. Voi a escribirle, i mañana temprano estará aquí.

—¿Qué esperanza teneis?

—A nombre del honor, yo le pediré que se case con María.

—No vendrá.

—Vendrá, os respondo de ello; dejadme obrar: mañana estará aquí os lo repito.

Dí todavía algunos consuelos a la señora Duvernois que me dejó llevando un poco de esperanza. Inmediatamente escribí a Nerac.

El sueño habia huido de mí i pasé la noche en la mas viva inquietud.

(Continuará).

Historia de la semana.

Los sucesos que han llamado esta semana la atencion de la sociedad, no tienen nada de graciosos ni espirituales, aunque alguno de ellos sea por demas orijinal: sin embargo, como vivimos en una época que los acontecimientos mas dignos de lamentarse encuentran hofones que les hayan lados

risibles o ridículos, estamos ciertos que muchos de nuestros lectores ni se fijarán siquiera en la seriedad de los sucesos.

En política no ha ocurrido nada nuevo, ni nada nuevo tiene tampoco que ocurrir desde que no se divisa un cambio en la marcha de los partidos ni del gobierno. Ya nos estamos acostumbrando con el actual estado de cosas, i si nos llevan así por una temporada mas, nos aclimatamos de seguro i se nos van a olvidar hasta las teorías i principios que nos afanamos por hacer valer hoy día.

Desde que se nos olvidó la patria i la recordamos solo por este mes para tirarle algunos cohetes i echarle algunos brindis, se nos viene olvidando todo, i hai memorias tan frágiles, que nosotros sabemos de varios individuos que olvidándose de que han sido opositores, son ahora ministeriales entusiastas, o nacionales, como ellos se llaman sin duda porque se han agarrado a la nacion; pero ya se vé; unos son diputados, otros intendentes, otros jueces. . . . i antes solo eran opositores, cuando no reos de alguna conspiracion presunta, o desconsolados panejiristas de las garantías individuales i del árbol de la libertad. A nueva vida, dicen estos individuos, nuevas opiniones i nuevos principios; a nueva posicion, nuevos hombres. Razon tienen los que afirman que hoy día solo se ven en el poder *hombres nuevos*.

Pero nosotros mas bien los queremos experimentados, porque estos saben siquiera lo que hacen, i aunque nos arruinen, nos queda siquiera el consuelo de decir: despues los arruinaremos nosotros. Pero esos *arrepentidos*, que hoy son opositores i mañana ministeriales, tienen cuerpo de azogue i tan pronto los tiene uno en la mano como se escurren por entre los dedos: ¡vaya usted a escarmentarlos! si consigue usted derrotar al enemigo, los encuentra combatiendo fraternamente al lado de usted. Es a estos a quien se dirijia Iriarte cuando decia:

Hai hombres que por sistema
Ningun sistema sostienen,
I que siempre van i vienen
Con su opinion en problema.
A su frente dice un lema:
«Mi personal conveniencia;»
De aquí sale en consecuencia
Que sin carácter ni lei,
Hoy hacen salvas al rei,
Mañana a la independencia.

Nosotros que no somos hombres de partido, tenemos derecho para juzgarlos a todos, i aunque parezcan amargas nuestras críticas, no las abandonaremos, porque no somos nosotros sino ellos los que necesitan correccion.

Las interpelaciones han continuado en la cámara de diputados, i los señores ministros han continuado tambien satisfaciendo a los interplantes

en pocas palabras pero con amabilidad. No porque uno sea ministro está dispensado de tener buena educacion.

Nuevos cargos se han hecho al gobierno esta semana i se han aventurado pensamientos valientes i de responsabilidad; no ha faltado sino quien los sostenga, porque no era posible que uno solo se llevara toda la carga; bastante tarea es iniciar una acusacion; para dar prueba de patriotá valiente, eso sobra; exigir mas sería talvez exigir un compromiso. Como nadie quisiese participar de la responsabilidad de los cargos, estos no solo quedaron desvanecidos, sino que se convirtieron en felicitaciones amistosas, en esplicaciones altamente satisfactorias, en protestas de buena intelijencia i de armonia, i concluyeron todos por congratularse recíprocamente de sus buenos i leales procedimientos.

Esto nos hace recordar una escena que vamos a contar a nuestros lectores. Hace algunos años que un ministro extranjero se presentó al gobierno pidiendo esplicaciones verbales sobre ciertos sucesos. El presidente que entónces teníamos, recibió al diplomático con toda solemnidad i ordenó a los ministros del despacho que asistiesen tambien a la entrevista. El diplomático pronunció un discurso donde precisó sus quejas, i luego que concluyó, quiso contestarle el presidente. Despues de algunas simplezas, que él dijo que eran el preámbulo, sin concretarse a los cargos ni tomarlos en cuenta para nada agregó:—Yo pues, me congratulo... si, señor ministro, tengo el honor de congratularme... es decir, que me congratulo...—i viendo que no podia salir del *congratulo*, se dió vuelta hácia uno de sus ministros i le dijo—Continúe Ud., señor ministro, porque yo me encuentro emocionado. Este viendo que el negocio no era para congratularse, continuó de este manera:—S. E., pues, dice que se congratula, i yo tambien me congratulo de que S.E. se haya emocionado, porque de lo contrario íbamos a quedar congratulados todos.—El diplomático, a quien esta respuesta hizo gracia, no habiendo podido obtener las esplicaciones que deseaba, pero avaluando las intenciones de S. E., se dió por satisfecho i se congratuló tambien en union con el presidente i sus ministros.

Pero parece que ya ha pasado el tiempo de estas congratulaciones, i que aunque muchas veces salven compromisos i allanen las dificultades, no es bueno congratularse mientras no haya un motivo para ello. Los que se congratulan por temor o por amor a la concordia i la armonia, deben siempre dar la palabra a los *ministros* como hizo S. E., para evitar que las cuestiones mas convenientes de tratar, vengan a concluir con humillaciones i congratulaciones.

El acontecimiento que mas ha preocupado esta semana i que ha dado lugar a diferentes comentarios, es el que ha tenido orijen en los celos exal-

tados de un marido. Nuestra prudencia nos habia hecho guardar silencio sobre él, porque siempre nos apresuramos a echar un velo sobre aquellas de nuestras miserias que solo pueden servir de pasto a la chismografía i que importan una vergüenza o un escándalo; pero habiendo pasado ya al dominio público i habiéndose los periódicos ocupado de él, estando en este negocio, segun se dice, comprometida la justicia i la vindicta pública, no cumpliríamos con nuestro deber de periodistas imparciales, si continuáramos guardando el mismo silencio.

La pasión de los celos es la mas terrible i violenta de todas, i ciertamente que si en el acontecimiento que se lamenta solo figuraran el esposo herido i el seductor ultrajado, mui léjos estaríamos de proferir una palabra en agravio de aquel; pero el negocio cambia de especie desde el momento que la venganza del marido despedido ha caído sobre un niño inocente.

El hecho es universalmente conocido i comentado de diferentes modos, i el único que hasta aqui parece ignorar'o absolutamente, es el autor de él. Esto es natural, porque hoi dia nadie quiere acordarse sino de lo que le conviene. Nosotros tampoco nos empeñaremos en convencerlo del hecho, porque esto sería hasta cierto punto una crueldad. El dice que nada sabe, i ha puesto por testigo al juez, quien ha quedado plenamente convencido de que, efectivamente, todos saben el suceso ménos el autor.

Pero como muchas veces es necesario que se censuran los autores de que ellos son los que han hecho sus obras, para salvar de este modo a la justicia i que esta solo recaiga en el reponsible, en el presente negocio no estaria demas que el que aparece como autor i que indudablemente lo es, deje satisfecho al ofendido i a la sociedad, porque todos se han resentido con tan extraño acontecimiento.

Es ciertamente una barbaridad, que porque uno está celoso o ha sufrido un horrible desengaño en sus mas queridas esperanzas, atrape al primero que se le designa, sin tener en cuenta su condicion ni edad, i lo haga víctima de su furor. Para qué teníamos leyes entónces; para qué servian los tribunales de justicia, para qué nos llamábamos racionales i civilizados, si habíamos de abandonar a los feroces instintos de la pasión.

Se dice que la familia del jóven maltratado no ha obtenido justicia de los tribunales; pero estas deben ser hablillas del vulgo, dispuesto siempre a ponerse en contra de las autoridades; si un juez no ha querido convencerse de la verdad del hecho, hai otros tribunales a los que se puede apelar, i no dudamos que quedará completamente satisfecha la vindicta pública.

Nuestra sociedad que no necesita sino un pequeño ruido para formar un terremoto, i que

son especialmente de su gusto estos repugnantes sucesos, se ha entretenido en desfigurar el hecho i en mentir a su sabor. Algunos han hecho burla de él, i han dicho que todo se reduce a un *chasco pesado* i un malon, en el que han figurado algunos *sustantivos suaves*.

Reprobamos con indignacion el hecho, pero rechazamos esas versiones injuriosas i burlescas que solo sirven para estraviar los juicios.

Un eclipse de sol ha tenido lugar esta semana que ha preocupado al pueblo ignorante, i ha inquietado a algunas señoras mayores. Una de estas, a quien en los momentos de eclipsarse el sol se le referia el suceso de que hablamos mas arriba, exclamó:

—Mire usted, hasta el sol se tapa la cara como avergonzado de las cosas que se echan a luz hoi dia;—i suplicaba que se le refiriese el hecho con sus mas minuciosos detalles. Si, tiene razon esa señora, el sol se ha ruborizado de alumbrar las vergüenzas de nuestra sociedad i se ha cubierto con la luna: tiene mas pudor que nosotros que cuando mas nos cubrimos con un velo transparente.

El pueblo ignorante no apartaba sus ojos del sol esperando que sucediera algo de extraordinario; i como sucede en los grandes peligros o en las revueltas donde hai oportunidad de desnudar al prójimo, confraternizaban unos con otros, i es probable que tambien se congratulasen de esa momentánea armonia. Nosotros escuchamos a uno de estos ciudadanos que le decia otro:—Mire ño Ramon, ¿es cierto que el clise va trer hambruna.

—He oyido que va trer peste.

—¡Por eso se han estao muriendo las gallinas! como no se me muera ni mujer.

—No seais lesa, hombre, le dijo el otro, dejá que te se muera, no mas, veris como te se acaba la peste. Yo voi a echar la mia al gallinero por versi la pilla el clise.

—Pues entónces, ño Ramon, yo tambien voi a echar la mia; pero me parece que ni el clise ni el mismo diablo son capaces de pillarla; hace tanto tiempo que no se onde asiste!—En ese caso, compadre, el mejor clise es un garrote, i en cuanto usté puea, acúale con la fresca.—Le agrasco el consejo, ño Ramon, porque no quiero que me pille la hambruna despues que me tiene pillao ni mujer.

Esta conversacion me dió una idea del progreso moral de nuestro pueblo, i naturalmente me trajo a la imaginacion, la facilidad que se presenta para explotarlo i corromperlo. Hombre que cree que los eclipses traen pestes i que una mujer es peor que una hambruna, no puede tener conciencia ni de si mismo i se dejará siempre conducir por el primero que quiera engañarlo. Pero ya hai bastantes escuelas en la república i la jeneracion que se levanta no dirá *elise* ni empleará el garrote para suavisar a su dulce mitad. Es probable que

empleen los *médotos nuevos* que se han puesto en juego últimamente para conseguir este objeto.

Hasta ahora las novedades que ha traído el eclipse, son los provincianos que han llegado a la capital a pasar las fiestas del *diez i ocho*. I en verdad que cada uno de ellos es una verdadera peste de preguntas, de curiosidades, de sustos, de cadenas, de piechas, de lazos de cintas, de fraques, de jesticulaciones i de saludos.

Estos ciudadanos vienen indudablemente a consituir una parte de las diversiones de setiembre con sus espirituales curiosidades. No sabemos que chusco les pasó el aviso de que en Santiago se estaban agarrando a los provincianos para hacer con ellos ciertos experimentos, que no es posible especificarlos, por que era ya cosa averignada que un provinciano en día de fiesta, era el seductor mas temible entre todos los seductores; verdaderos Cupidos de alas caídas pero de flecha certera. Con semejante anuncio i un elocuente ejemplo a la vista, los mas despiertos se reunieron en club i pidieron consejo. Un amigo nuestro, de jenio bastante alegre, quiso darse un rato de diversion con algunos de ellos, i les dijo que el Gobierno habia nombrado dos comisiones para que examinasen a todos los provincianos que viniesen a pasar las fiestas en Santiago, las que estaban encargadas de tomar todas las precauciones posibles para ponerlos a cubierto de percances. (Advertimos que hablamos de la jente de la campaña.)

Una vez informados del lugar en que se reunian las comisiones, se presentaron varios provincianos preguntando por los miembros que las componian. Ya iban bien instruidos; al presentarse no tenian mas que decir, que se ofrecian en exposicion. Se acercaron los miembros de las dos comisiones que allí estaban adivinando las bondades de las especies que examinaban, i les preguntaron a los provincianos, que qué se les ofrecia. Estos contestaron: —Venimos a presentarnos en exposicion.—Todos soltaron una estrepitosa carcajada, i comprendieron desde luego que los pobres provincianos eran víctimas de una chanza demasiado pesada. Viendo éstos que los miembros de las comisiones no hacian mas que reírse, continuaron algo amostazados:—Es que queremos ponernos a cubierto de ciertos percances que nos han asegurado, les ocurre en en estos momentos a los que llegan de las provincias a presenciar las fiestas del *diez i ocho*. —I precisaron los percances.—Aquí ya no hubo risa sino algazara entre los miembros de las comisiones. Uno de ellos, movido de la inocencia de los provincianos, les dijo: —Caballeros, se han querido burlar de Udes.; nosotros formamos las comisiones examinadoras de animales i de máquinas, i mal podemos examinarlos a Uds., que a primera vista parecen pertenecer a la especie humana. No tengan Uds. cuidado por los percances,

i pueden Uds. lucirse i pasearse sin temor de que nadie se equivoque con Uds.

Desde entonces han salido a luz los provincianos de campaña i se pasean con un gorbo i un donaire que les envidiaría un saltarin de aldea.

Esta semana se han ejecutado a dos reos de un crimen atroz. No tenemos tiempo para hablar sobre estas ejecuciones como desáramos, pero manifestaremos aquí la repugnancia con que mira nuestra sociedad estos asesinatos ordenados i reglamentados por la lei. El último suplicio no es una pena que debe aplicarse en los pueblos civilizados, i su ejemplo, que es el que busca la lei, no ha correjido a nadie hasta ahora. Estas son nuestras tristes rialidades, nuestras incomprensibles aberraciones. Alguna vez volveremos sobre este asunto.

Las caricaturas han alterado la bilis de un susceptible, i en un diario de la capital, progresista i tolerante, se nos da un fuerte raspaso por haber publicado la caricatura de un artista a quien considera como hombre privado. Un pintor es tan hombre público como un escritor, i es simpleza sostener lo contrario. Es falso lo que dice ese diario, que la tal caricatura sea groseramente injuriosa; el decirle a un individuo que tiene guardado su talento, no es injurarlo, ni mucho ménos injurarlo con grosería. Esa injuria que a nosotros se nos ha querido hacer, si que es grosera, porque se entra sosteniendo que un artista no es un hombre público, i se dice que hai injuria cuando no la hai.

Tambien el *Diario* de Valparaíso se permite engalanar sus pájinas con una cancion patriótica de D. G. Matta, tratando de herir a su autor, diciendo que la habia anunciado con campanillas i que es una muy pobre produccion. Matta no ha anunciado sus vesos ni jamas lo ha hecho: i respecto al mérito de la cancion, recordaremos al *Diario*, que para juzgar es necesario entender. Nosotros no consideramos ese himno como produccion notable, pero nos sienta que un periódico que se sirve de él para ser leído, hiera injustamente a su autor.

J. A. T.

EL JEFE DE LA FAMILIA.

Comedia en tres actos.

PERSONAJES.

D. Manuel Verdoso	45 años
Doña Prudencia Bustos (su mujer)	40 "
Doña Clara (su hija)	17 "
D. Clandio Bustos	50 "
Doña Aurora (su mujer)	25 "
Enrique Saldalla	29 "
Casimiro Lainez	26 "
Juan (criado de don Manuel)	48 "
Criados, convidados, damas etc.	

La escena es en Santiago en casa de don Manuel Verdoso. Año de 1857.

ACTO I.—ESCENA 1.ª

El proscenio representa un lujoso salon; en primero i segundo término puertas laterales. Una puerta al fondo que comunica con un salon de baile.—Se oye música al interior i diversas parejas atraviesan por delante de la puerta del fondo. Don Manuel sale con unpañuelo en la mano seguido por Juan.

D. Manuel.

(Dejándose caer sobre una silla) Ah, por fin aquí se puede respirar. Póngase Ud. a dar bailes por complacer a la señora i para divertir al prójimo—¡Buena ocupacion!—desde esta mañana trabajando sin fumar un cigarro; dando vuelta los muebles, los floreros, la casa entera, en una palabra, i por complemento tener que mostrar la cara risueña a todos los que nos hacen el favor de venir a comernos la cena.

Juan.

Así es el mundo, señor, para los unos el descanso i la agitacion para los otros.

D. Manuel.

Oye Juan. . . Desde la famosa sociedad de la igualdad, observo en tu conversacion mucha tendencia al racionio i sobre todo a quejarte de la suerte.

Juan.

Es que debo tan poco a sus favores.

D. Manuel.

Eso es lo que dicen todos los pobres. ¡Yo quisiera verte rico!

Juan.

I yo tambien.

D. Manuel.

I casado.

Juan.

Dios me libre.

D. Manuel.

En esto tienes razon—te aseguro que por mi parte siempre miro con envidia la suerte de los solterones—no hai duda que son entes privilegiados—no tienen que consultar mas voluntad que la propia, duermen como bienaventurados i sobre todo gozan de una dicha incomparable: no tienen ni mujer que los mande ni hijas para quienes buscar maridos.

Juan.

En cuanto a marido, no creo que sea lo que mas le cueste a su merced encontrar, pues la señorita Clara. . .

D. Manuel.

Te parece Juan? pues ten entendido que es una especie que se hace cada dia mas escasa. Un buen novio en estos tiempos es tan raro como era un ingles ahora cincuenta años en Santiago.

Juan.

Dicen sin embargo, que el señor don Enrique. . .

D. Manuel.

¿I a tí, que tal te parece don Enrique?

Juan.

¿Para qué señor?

D. Manuel.

Para marido se entiende. Estamos hablando de eso.

Juan.

Pues señor, facha no le falta.

D. Manuel.

¿Qué quieres decir con eso?

Juan.

Que si es tan rico como aparenta, debe ser por lo ménos millonario.

D. Manuel.

Algo, algo de eso hai—Enrique tiene cuatro barras en el cuerno de abundancia.

Juan.

Con perdon de su merced ¿qué es eso que que llaman cuerno de abundancia?

D. Manuel.

Una de las mas ricas minas de Copiapó hombre, plata en barra pura.

Juan.

Si es así señor, que Dios le aumente los cuernos, yo no soi envidioso.

D. Manuel.

Será un brillante marido ¿no es así?

Juan.

Como mandado hacer señor; aunque cuentan que el caballero es algo. . .

D. Manuel.

¿Algo qué?

Juan.

Algo tunante, señor.

D. Manuel.

Bah, por eso es que lo quieren las niñas. Te aseguro que si yo no hubiese sido tan juicioso otro viento me habria soplado. Pero eso se pasa casándose i el hombre que ha sido algo vivo queda entonces en un buen término medio.

Juan.

De manera que el que no ha sido mui avisado acaba de rematarse.

D. Manuel.

Ademas, yo creo que Clara lo quiere de veras.

Juan.

¡Oiga! ¿con qué hai dos modos de querer?

D. Manuel.

Quiero decir que Clara está decidida por él i como es igualita a mí, la chiquilla debe ser resuelta.

Juan.

(Aparte) Bien dicen que nadie se huele, pues delante de la señora no se atreve a levantar los ojos.

D. Manuel.

I yo soi como mi padre que cuando decia una cosa. . .

Juan.

(Aparte) Se quedaba callado hasta que volvía a hablar.

D. Manuel.

Solo una cosa siento en esto, Juan, i es que el mocito no es mui del agrado de Prudencia, pues pretende que Enrique no es nada bien educado, que solo se ocupa de las niñas i desatiende a las madres.

Juan.

Le diré, señor, que como criado viejo tengo esperiencia i siempre he visto que de ese pié cojean casi todas las señoras mayores que tienen hijas casaderas.

D. Manuel.

Debilidades de mujer que no consienten en confesar los años.

Juan.

Si, i confiesan los desengaños que es lo mismo.

D. Manuel.

(Acomodándose en la silla) Una de las cosas por que deseo ver a Clara establecida es para que nos dejemos de estos bailes—después de cada uno de ellos quedo como apaleado.

Juan.

I que diré yo señor que tengo que trasnochар después de levantarme al amanecer.

D. Manuel.

Te prometo Juan que por este año se acabaron aquí los bailes.

Juan.

(Aparte) Mientras la señora no disponga otra cosa (Alto) Que Dios lo escuche mi patron; por que le aseguro que aunque me haya envejecido al servicio de su familia no me siento con fuerzas para repetir la tarea de estos dias, i me veré obligado a buscar servicio en otra parte.

D. Manuel.

Cállate Juan—yo no permitiria eso jamas—tu ya no eres un criado sino uno de la familia. Ya te lo he dicho; por este año no permitiré mas bailes.

Juan.

(Mirando la puerta de la derecha) Ojalá fuera él quien mandara—Señor, aquí viene doña Prudencia.

D. Manuel.

(Levantándose con precipitacion) ¡Mi mujer! Dios nos asista!

Juan.

(Aparte) Es decir que Dios lo asista; por que yo no la espero (váse)

ESCENA 2.*

Don Manuel i doña Prudencia que entra por la primera puerta de la derecha.

Doña Prudencia.

¡Que tal señor don Manuel! mientras yo es-

toi desde las nueve recibiendo la jente, Ud. se viene a descansar como si no tuviese nada que hacer.

D. Manuel.

Pero hijita, me acababa de sentar i venia a ver si los helados.

Doña Prudencia.

Este no es lugar para ver los helados, i Ud. debía haberlos hecho servir hace media hora.

D. Manuel.

Es cierto, corro a verlos al instante (Hace ademán de irse por la puerta de la izquierda)

Doña Prudencia.

Oiga Ud., que sirvan los helados de naranja.

D. Manuel.

(Que ha vuelto i hace ademán de irse) Los de naranja, al momento.

Doña Prudencia.

Oiga Ud., que sirvan tambien barquillos.

(Continuará.)

ERRATA.

Por falta de espacio no se publicó en el número anterior, la moral de la fábula, *antiguísima historia que se repite todos los dias*, que salió incompleta en el n.º 7.

Conozco yo en mi tierra,
Objeto de las mismas oblaciones,
Pilar santo, que encierra,
Un nido de ratones.
Nuestra Constitucion, la que su ruina
Tendrá, por los escrúpulos i amores
De sus adoradores,
Cual la pobre columna de la China!

Condiciones de la suscripcion al «Correo Literario.»

En Santiago un peso al mes.

En Provincias 1 peso 20 centavos.

En el exterior 1 peso 50 centavos.

La suscripcion se pagará por trimestres anticipados.

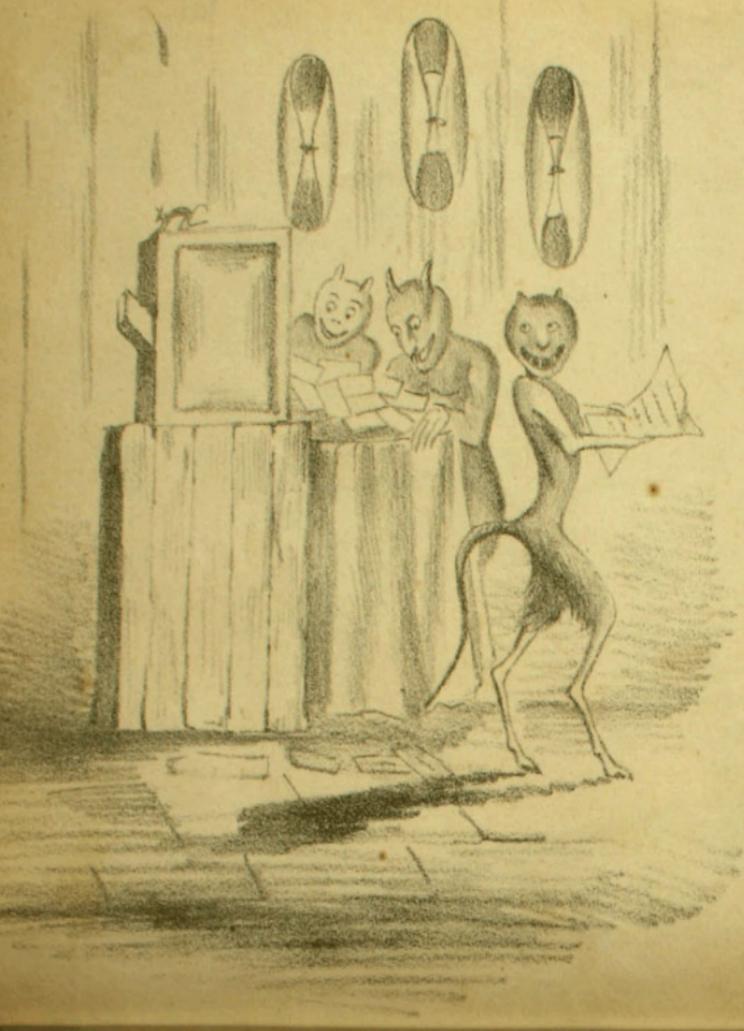
Ajentes.

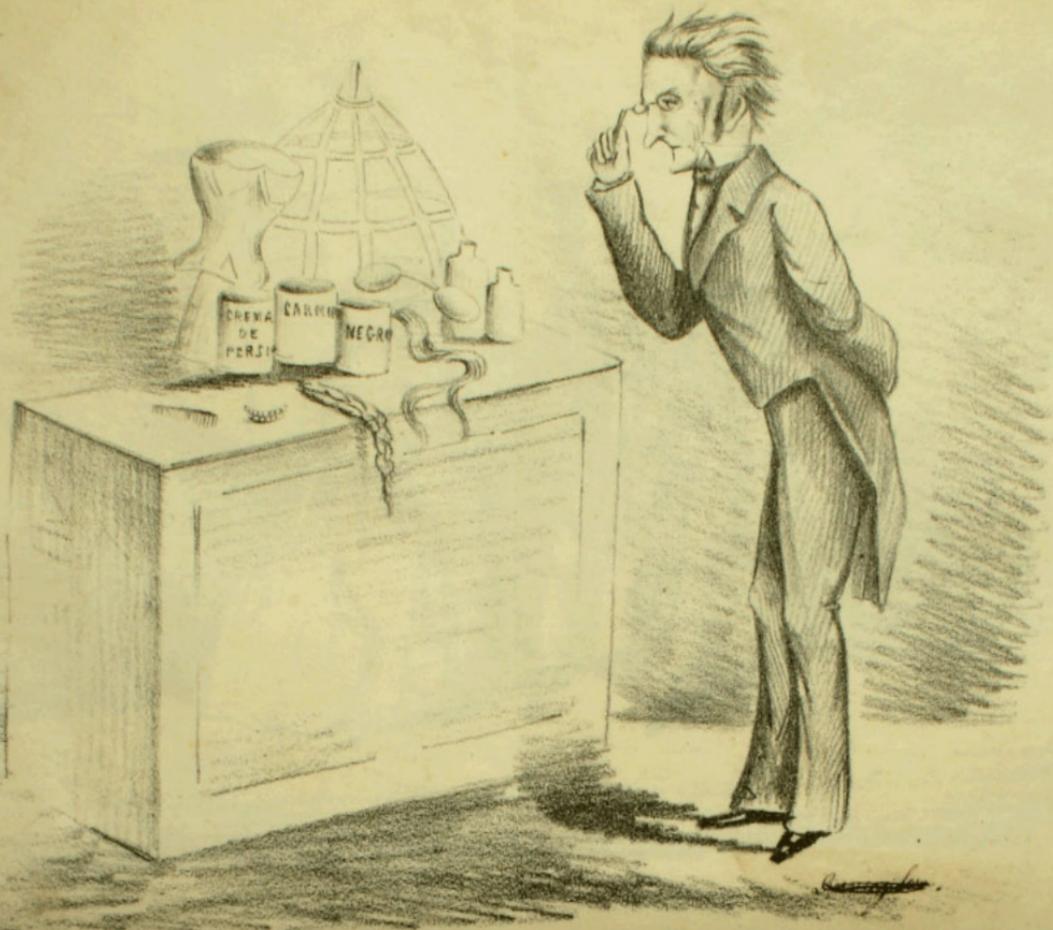
VALPARAISO.....	Don Emilio Audois.
SERENA.....	» José Domingo Cortés.
SANTA ROSA.....	» M. Camus Serrano.
TALCA.....	» Elias Morel.
CHILLAN.....	» José Manuel Ribera.
TOME.....	» Antonio Ferrer
CONCEPCION.....	» Juan del Pozo..



A. Millan,

Un protector de la especie humana.





Verdades tristes y descarnadas, vosotras formais la *mentira* mas bella de este mundo: ¡quien al veros aisladas y en confusion podria jamas formarse idea de vuestro majico poder! ¡Hombres, venid a contemplar la



—Que te parece esa mujer? — Hombre... ya se me ha concluido el gusto por las mujeres. Todas juntas no valen la ceniza de mi cigarro. — Pero es una excepcion. Oh! si la conocieras!...
Seria un defecto mas de la naturaleza.